



## Guía de lectura

Michael  
Cunningham

Por el autor de *Las horas*  
Premio Pulitzer

Día

Lumen

Penguin **Club de lectura**

## LA OBRA

5 de abril de 2019. La primavera des-  
punta en Brooklyn y en el hogar de los  
Walker-Byrne la felicidad doméstica se  
resquebraja lentamente. Dan e Isabel  
han empezado a distanciarse y, abocados  
al desamor, ambos parecen preferir la  
compañía y el amor que despierta Ro-  
bbie, el encantador y frágil hermano de  
ella que vive en el ático de la casa. Pero  
Robbie tiene que buscar otro sitio donde  
vivir para dejarle su habitación a Nathan,  
el hijo del matrimonio que se acerca a la  
adolescencia, y la idea de que una figu-  
ra tan querida en la familia se tenga que  
marchar inquieta a cada uno a su mane-  
ra. Mientras él se prepara para visitar un  
apartamento semiasequible a una hora  
de la ciudad e intenta superar su último  
fracaso sentimental ocultándose tras un  
glamuroso avatar en las redes, su sobrina  
Violet, la pequeña de la casa, revolotea a  
su alrededor con su vestido de volantes y  
su aire de princesa, fingiendo ignorar lo  
que sucede en su hogar.

5 de abril de 2020. Isabel observa des-  
de la ventana los negocios cerrados, las  
calles desiertas y a sus oídos llega la esca-  
lofriante sirena de una ambulancia, úni-  
co sonido que emite la ciudad paralizada.  
El hogar de los Walker-Byrne es ahora  
una prisión en la que cada uno busca una  
vía de escape, un modo de mantenerse  
a salvo y no perder el juicio. Violet vive

aterrorizada con la posibilidad de que el  
virus entre en casa. En su habitación del  
ático, Nathan se aísla en su hosquedad,  
se salta sus clases virtuales y visiona una  
y otra vez *Escuela de rock*, impulsado por  
el mismo imperativo obsesivo que lleva a  
su hermana a cerrar ventanas, a su madre  
a escuchar el *Réquiem* de Brahms y a su  
padre a intentar componer una canción  
mientras trata de sostener con Isabel una  
conversación que ya no es más que un  
hilo agónico. En cuanto a Robbie, ha  
quedado varado en una cabaña en Islan-  
dia, sin mucha más compañía que sus  
pensamientos, algunos libros, sus histo-  
rias en Instagram, un bolígrafo y algo de  
papel para escribirle cartas a Isabel que,  
así desea imaginarlo, llegarán a Brooklyn  
después que él.

5 de abril de 2021. Lo peor de la cri-  
sis ha quedado atrás y, aunque no han  
salido indemnes, los Walker-Byrne se re-  
únen en la casa en el campo donde ahora  
vive Isabel, que ha hecho realidad la fan-  
tasía que alguna vez albergó con Robbie.  
La ausencia de esta figura tan querida es  
un doloroso vacío en torno al cual la fa-  
milia orbita, enfrentándose a sus fantas-  
mas, sus frustraciones, sus aprendizajes,  
sus pérdidas y la conciencia paulatina de  
que, a medida que una larga jornada lle-  
ga a su fin, están ante el desenlace de algo  
y el inicio de los días por venir.

## CLAVES DE LA NOVELA

Tras la publicación, una década atrás, de *La reina de las nieves*, Michael Cunningham regresa con *Día*, una novela —la octava que publica— que se adentra en un hogar de Brooklyn y en la intimidad de una familia en un tiempo de cambios. Escenario recurrente en su narrativa, la ciudad de Nueva York es el marco de una historia que transcurre, principalmente, en interiores y en un día que, hecho de tres, abarca mañana, tarde y noche y tres años consecutivos. La estructura de tríptico reaparece así en una novela donde Michael Cunningham, que alguna vez manifestó sentirse incómodo con la simetría del dos, continúa explorando las posibilidades narrativas del tres, como ha hecho en *La reina de las nieves*, en *Días memorables* y en *Las horas*, la obra ganadora del Pulitzer que supuso su consagración como escritor. Compuesta en tres movimientos, *Día* traza un arco de 2019 a 2021 que tiene su punto de inflexión en el año 2020 y una crisis sanitaria que tras-

toca la vida cotidiana de todo el planeta. El Covid-19, sin embargo, no es mencionado en una novela que incorpora la pandemia captando, ante todo, la textura de un mundo en pausa que se observa desde una ventana cerrada: las personas aisladas en grupos burbujas, la monotonía del confinamiento y las obsesiones que acarrea, el cierre de fronteras, los adolescentes replegándose aún más sobre sí mismos, los ingobernables temores infantiles cobrando el rostro de un virus agresivo y las relaciones sometidas a nuevas formas de presión. Pero señalar a *Día* como una novela sobre la pandemia sería simplificar las dimensiones de una pieza literaria que se vale de este episodio contemporáneo ineludible para emprender una indagación profunda, iluminadora, acerca del amor en sus diversas manifestaciones, la pérdida, la inocencia llegando a su fin y la adultez debatiéndose entre sus sueños y deseos, y el desencanto que conlleva dejar media vida atrás.

De manera más o menos involuntaria, piensa Robbie, los Walker-Byrne se han convertido en una familia: algo así como un conglomerado que podría sobrevivir a su propia ruptura. Una ruptura que, en este caso, nada tiene que ver con estallidos sino que se define como un proceso de erosión: aquel que nace del desamor y la conciencia paulatina de que aquello que alguna vez se deseó con convicción ha dejado de tener sentido. En 2019, Isabel pasa la noche insomne, llora entre desconocidos en el metro y fantasea con escapar pero apenas llega hasta la escalera de su casa; Dan, por su parte, se refugia en la amistad ambigua con Robbie y se consuela pensando en que, tal vez, su matrimonio aún tiene remedio; Nathan y Violet intentan encontrar su lugar dentro del hogar; y Robbie, desde los aparentes márgenes de esta familia nuclear, es la tercera pieza de un triángulo afectivo —nuevamente el tres— y como tal cubre vacíos y carencias, brindando un pilar extra a un edificio que se resquebraja. En segundo plano, el hermano de Dan, Garth, y su amiga Chess completan un cuadro doméstico que pende de un hilo. Un año más tarde, el confinamiento fuerza a la convivencia en contados metros cuadrados, pero los Walker-Byrne son ya una familia atomizada donde cada miembro lidia con sus obsesiones y temores en alguna estancia de la casa mientras, a miles de kilómetros, Robbie continúa siendo el centro gravitacional de todos y, paradójicamente, encarna la soledad y el aislamiento más absoluto. Un último salto temporal nos muestra a una familia que, tras una crisis conyugal, una pandemia y

una pérdida dolorosa, parece tener la flexibilidad necesaria para sobrevivir, como intuía Robbie, a su propia ruptura.

El paso del tiempo desempeña un papel clave en una novela que, a medida que se desarrolla, va dejando al descubierto un cúmulo de deseos, de frustraciones, de futuros descartados, o en otras palabras, la disparidad entre la vida que se tiene y aquello que se proyecta en forma de relato matrimonial o de historias inventadas en las redes sociales. El tiempo, a su vez, atraviesa a un grupo de personajes que, delineados con compasión y una ternura que no se confunde con indulgencia, se transforman, año a año, al ritmo de sus aprendizajes y sus fracasos. Abocada al deseo de escapar, Isabel —un personaje en el que hay ecos de Laura Brown, una de las protagonistas de *Las horas*— se refugia en no-lugares —una escalera, un vagón del metro, el inmenso vestíbulo de Grand Central Station— hasta que, embarcada en el duelo, hace realidad la fantasía juvenil de una vida en el campo, antesala de un futuro todavía incierto. Al igual que su hermana, Robbie habita en umbrales —entre la casa de los Walker-Byrne y un posible apartamento propio; entre el mundo real y el virtual— y el azar lo termina arrinconando en esa cabaña fuera del mundo donde, de algún modo, se queda para siempre. Mientras, aferrándose a un optimismo que tiene un componente de desesperación, Dan no acierta a distinguir en qué momento se ha hecho demasiado tarde para salvar una relación y para volver a ser, sin esfuerzo, un yo pasado. Y entre estos adultos que trafican con sus temores, su decepción y ambivalencia, hay dos niños

cuya inocencia se va viniendo abajo y entrevén un mundo en donde de las crisis y desafíos, a diferencia de lo que sucede en los cuentos infantiles populares, jamás se sale indemne. ¿Es posible sobrevivir a la infancia?, le pregunta Robbie a Isabel en una carta que no llega a enviar, y este interrogante resuena a lo largo de una novela que habla del fin de la inocencia y de otros desenlaces: el de un matrimonio, una vida, muchas ilusiones y el mundo entendido como un lugar seguro y predecible. Pero *Día* es también una historia que se proyecta hacia lo que sigue, aquellos días por venir, aunque desde el umbral ese futuro luzca tan impreciso y, a la vez, extrañamente creíble como los espectros que acompañan a Violet desde la pandemia.

La influencia de Virginia Woolf y de George Eliot, referentes de Cunningham, son evidentes en una novela que enlaza, a la vez, con voces actuales y obras

que, como *Tan poca vida*, de Hanya Yanagihara, han retratado la vida urbana contemporánea, con sus soledades, su vulnerabilidad y sus diversos modos de articular una familia. Escrita con una prosa exquisita que aún agudeza y elegancia, una combinación que deslumbró en *Las horas* y ahora vuelve a cautivar, *Día* abre así una ventana hacia un hogar en Brooklyn y una intimidad corriente, inmersa en su tiempo y sus propias tensiones. En manos de Michael Cunningham, lo corriente, sin embargo, deviene un objeto precioso —como el único bolígrafo Bic que Robbie tiene en su cabaña— y en un instante doméstico o una conversación breve, casual, puede condensar el sentido de una relación, de una época, de emociones que los personajes solo son capaces de reconocer a medias y que, al final del día, de pronto se revelan bajo una luz incandescente.

## LOS PERSONAJES

### ISABEL

Llegada a la mediana edad, Isabel siente que necesita escapar de su existencia. Por más que lo intente no consigue seguir queriendo, o al menos no de una forma generosa e inocente, todo eso que alguna vez deseó: su matrimonio, su puesto como editora de fotografía en una revista, sus hijos, una casa en Brooklyn. Presa de la decepción y de una sensación de claustrofobia, se refugia en la escalera que une su hogar con el ático de Robbie, y se imagina quedándose allí para siempre, indiferente a todos y todo hasta volverse una pieza más del edificio. Solo el amor por su hermano menor parece inalterable y aun así se ve obligada a expulsarlo de su vida cotidiana, sabiendo que no tenerlo cerca supondrá dejar que su relación con Dan, en frágil equilibrio, termine de venirse abajo, como acaba sucediendo cuando la pandemia los confina en casa y pierde contacto con Robbie, a quien cree en compañía de ese avatar que, como un hermano mayor imaginario, despierta sus celos.

«Isabel se aparta de su ventana para mirar a Dan, que sigue dormido, respirando profundamente, tan infantil mientras duerme como pueda serlo un hombre de cuarenta años, con la boca un poco abierta y el pelo rubio claro brillante en la habitación en penumbra.

Quién pudiera dormir así. A Isabel le irrita ese don que tiene Dan, pero también lo agradece. Las horas que Dan y los chicos duermen, es como si ella — para quien el sueño es apenas un intento asustadizo de dormir veteado de visiones— estuviese sola en el apartamento, inmersa en su propio duermevela de soledad nocturna, marcado solo por los números led verdes del reloj de la cocina». (p. 14)

## DAN

A los cuarenta años, Dan es un rockero maduro y corpulento que ha dejado los escenarios y locales nocturnos para quedarse en casa cuidando a sus dos hijos. Atrás queda su deslumbrante belleza juvenil, su deseo de ser una estrella, su adicción a la cocaína y aquel cómico y absurdo viaje a Kansas en compañía de Robbie, cuya amistad cultivó para poder llegar a Isabel. El vínculo con su cuñado ha tenido siempre un matiz de ambigüedad con el que ambos se sienten cómodos, e Isabel está convencida de que su hermano ha buscado en cada una de sus relaciones sentimentales a un hombre como Dan. Durante el confinamiento, las peleas con Nathan y la creciente distancia que impone Isabel lo llevan a encerrarse para componer una canción e intentar conectar con lo que alguna vez fue o quiso ser, pensando en que, quizá, aún no es demasiado tarde para dar todo por perdido.

«Dan está delante de la encimera de mármol de la cocina cascando un huevo en un cuenco. Es, como siempre, fiel a su estilo: el viejo rockero convertido en un cuarentón sabio y corpulento, una figura olvidada por el arte. Los griegos preferían una edad madura musculosa, guerreros que se volvían tanto más formidables cuando envejecían. Después de la impresión de que la descripción de los hombres de mediana edad se saltó los siglos siguientes (hasta Miguel Ángel los prefería más jóvenes) y pasó directamente de sus heroicas encarnaciones griegas a las poco atractivas representaciones en tonos sonrosados de Francis Bacon.

Una figura como la de Dan está ausente en la visión aceptada de la belleza masculina: el tipo que se ha vuelto rollizo y un poco voluptuosamente blando, una figura más dedicada al afecto que a la lucha, más preocupada por los sistemas y los ahorros que por la arena de los gladiadores; un hombre que da sus primeros pasos hacia la mortalidad, que, por lo que Robbie cree, requiere más fortaleza que la convicción de que con suficiente ejercicio y cosméticos puedes aparentar tener treinta y ocho años hasta tu octogésimo aniversario.

Dan lleva unos pantalones de chándal gris y una vieja camiseta de los Ramones. Una calva nada disimulada asoma en la coronilla de su cabeza plateada: el agua oxigenada es la única insistencia que queda de su vida pasada. ¿Quién podría culparlo por querer conservar un vestigio de su magnificencia juvenil? ¿Cómo se recupera uno de haber parecido a los veinte años un serafín de Botticelli?» (pp. 33-34)

## ROBBIE

Robbie tiene treinta y siete años, da clases en una escuela primaria, es gay y su historial amoroso es una lista de fracasos. Su soledad y los precios imposibles de la

vivienda en Nueva York lo han llevado a vivir en el ático de Isabel y Dan, pagando un alquiler bajo y convirtiéndose, a cambio, en un tercer pilar dentro de esa familia donde todos sienten una especial debilidad por él. Para superar su última decepción sentimental, da vida en Instagram a Wolfe, un personaje imaginado en la infancia por él e Isabel que recupera a través de una cuenta donde publica fotos tomadas de Internet y crea una narrativa alrededor de este apuesto y glamuroso pediatra en el que Robbie proyecta sus sueños y deseos. Su viaje de seis semanas a Islandia se convierte, a causa de la pandemia, en una estadía por tiempo indefinido en una cabaña donde experimenta la soledad más absoluta y descubre que el tiempo puede vaciarse de sucesos y el mundo ser nada más que cielo, hierba y un libro entre las manos.

«Vamos desnudos cuando hace suficiente calor, unas horas al mediodía. Añade “pasar desnuda por una montaña en Islandia” en tu lista de cosas para hacer. Bajo la categoría general “Ir a Islandia”.

Me gustaría saber si ha llegado ya alguna de esas cartas de la facultad de medicina. Sé que no tengo muchas probabilidades con mi, digamos, poco ortodoxo currículo, pero quiero pensar que dejan al menos algunas plazas para los poco ortodoxos, es decir, para la gente como yo. Y basta con que me acepten en una.

Estar tan lejos me ha ayudado a pensar mejor en mi nueva vida. Quiero una nueva vida para ti también, pero eso, sospecho, daría para otra carta. En cualquier caso, creo que podría sanar a la gente. Me gustaría intentarlo.

Y sabes que tengo esperanzas. ¿Por qué no tenerlas? Me encanta el nuevo futuro, suponiendo que sobrevivamos al presente. Y suponiendo que sobrevivamos al presente de un modo u otro, vamos a necesitar más médicos, más que nunca. Tengo conmigo un ejemplar de *El molino del Floss*: “Habían entrado en un territorio agreste lleno de espinas y las puertas doradas de su infancia se cerraban tras ellos para siempre”. ¿Cuánto nos gusta George Eliot?

¿Crees que de verdad es posible sobrevivir a nuestra infancia?» (pp. 180-181)

## NATHAN

Con diez años, Nathan es un niño que avanza hacia la adolescencia con una seguridad que, Dan lo reconoce, en buena parte es fingida. Es la sombra de sus dos mejores amigos, un dúo inseparable y menos inocente que él, y a las malas calificaciones en la escuela hay que sumarle su comportamiento hostil en casa. Un comportamiento que se acentúa cuando la pandemia lo obliga a estar encerrado, lejos de sus amigos y de su tío Robbie, viendo en bucle *Escuela de rock* y mirando con franca decepción a la estrella de rock fracasada que le ha tocado como padre. Para Nathan, el fin de la inocencia supone abrazar el dolor, el miedo y el vacío



que conlleva la pérdida, pero también, dejarse sostener finalmente por una mano adulta: la de su tío Garth.

«Ella no responde. Se va sin más. Nathan sabe cómo se imagina a sí misma: el personaje regio que se despide de un niño impertinente.

Lo más raro: se alegra de que se haya ido, aunque preferiría que no se hubiese ido. Cuando está, y sube a incordiarle a menudo, hay... alguien. Mamá y papá también suben, a todas horas, pero ellos llaman a la puerta. Llegan a ser irritantes. Mamá, con su “Cariño, ¿estás bien?”. Papá, con su “¿Qué pasa, tío, sigues al mando del fuerte?”. Pero hay, es raro, un placer amargo y acre en la rabia que le inspira Violet.

En la pantalla del televisor, Jack Black toca la guitarra y contrae el rostro en un gesto de agonía extática. Jack Black es el único amigo de Nathan, ahora que no están Chad ni Harrison. Si Nathan se concentra en Jack Black, casi consigue no odiar a Violet, no echarla de menos, no pensar que si ella desapareciera no tendría que odiarla ni echarla de menos. Puede ser compasivo con sus padres. Puede —es más difícil con Violet, pero incluso con ella— mantener a raya su propio torbellino de furia, aburrimiento y nerviosismo de mil megavoltios que, si le diese rienda suelta, podría salir como un rugido que imagina como una sirena, pero más potente, más penetrante, un ruido tan poderoso y penetrante que podría echar abajo el edificio». (p. 150)

## VIOLET

La hija pequeña de Dan e Isabel es una niña que en 2019 tiene cinco años y se mueve por la casa con un porte que oscila entre la dignidad de una princesa y la comicidad de una criatura ataviada con un ridículo vestido amarillo de volantes, regalo de su adorado tío Robbie. Violet se muestra inocente, y hay una parte de ella que realmente lo es, pero tiene una capacidad innata para intuir los conflictos que se traman a su alrededor y que ella quisiera desactivar, como desearía también tener a su tío cerca para siempre.

«Violet está sentada expectante en su cama, al borde del colchón, con los pies en el suelo. Alguien vendrá y la consolará diciéndole que lo de dejar abierta la ventana de la cocina ha sido un descuido, que esa cosa probablemente no habrá entrado y que no volverán a dejar ninguna ventana abierta. Alguien, su madre o su padre, vendrá y se lo dirá. Lo único que tiene que hacer es esperar.

Mientras espera, escribe una carta.

Hola Robbie esta es una carta de Violet. Estoy aprendiendo ortografía en el colegio. Las letras se juntan y bailan. La M es la reina de las letras. Es la más guapa.

Hay una letra mala que ni siquiera voy a escribir. La M es buena. La M es amari a. Me he puesto mi vestido amari o. Me gusta ponérmelo de día. Parezco una famosa todo el día. Mamá está enfadada por lo del vestido. Gracias por no enfadarte conmigo. Cuando vuelvas pareceré una famosa. Hasta pronto. Besos XXXXXX VIOLET» (p. 166)

### GARTH

El hermano menor de Dan es un artista narcisista y mujeriego que nunca ha conseguido enamorarse ni, mucho menos, permanecer al lado de alguien. Cuando su amiga Chess le pide que sea su donante de esperma para que ella pueda ser madre, Garth acepta sin imaginar que esa decisión puede conducirle a sentimientos desconocidos: un afecto paternal que no creía posible y una necesidad de pertenecer a un núcleo familiar que lo desestabiliza y lo lleva a confundir emociones cuyos límites, debe reconocer, son desconcertantemente difusos.

«Garth nunca quiso ser un hombre en una acera saludando con un gesto levemente desesperado (“¡Eh, mira aquí!”) a un niño en una ventana. Nunca quiso ser un hombre que saluda desesperado, alguien a quien el niño no reconoce.

Nunca quiso enamorarse de Chess.

¿Cuándo pasó? ¿Cómo pasó?

Garth baja a grandes pasos por Bergen Street. Odin está tan cambiado que Garth podría no haberlo reconocido si — ¿cuándo lo admitirá Chess?— no se pareciera cada vez más a ella. Incluso en un crío tan pequeño, ahí está el rostro ancho y majestuoso de Chess, ahí están sus ojos grises. Ahí, en un niño que apenas sabe andar». (p. 177)

### CHESS

Para esta profesora universitaria ser madre soltera es una elección, y en el pequeño mundo que ha construido para ella y su hijo Odin no tiene intención de dar mucha cabida a Garth, el padre biológico del niño. Durante la pandemia ese mundo para dos se vuelve un refugio, un lugar donde estar a salvo, mientras Garth los mira desde la acera y madre e hijo se asoman a saludarlo desde una ventana, preservando la distancia social, y también emocional. Un año más tarde, sin embargo, Chess se pregunta hasta qué punto sería capaz de incluir a su amigo en esa familia de dos que ha formado.

«Los alumnos se sienten humillados por sus propias posesiones. El año anterior, como figuras autónomas en el campus, se trataba de sus propias manifestaciones,

jóvenes harapientos o principescos de países lejanos, tanto si habían crecido en casas rodantes como en villas de los barrios residenciales. Ahora son más vergonzosos, sonriendo desde las casas que han vuelto a atraparlos. Se muestran más terrenales, parecen menos interesantes, menos interesados. Si a veces Chess tiene la impresión de ser un programa de televisión barato que están obligados a ver, también es posible que se sienta menos despreciada y querida, menos entorpecida por los diversos enredos de la ira, la impaciencia y la reverencia que sentía por ellos cuando estaban juntos en el aula. Ahora se revelan como los niños que siempre han sido.

De esta manera incorpórea, Chess descubre que se preocupa por ellos con una vaga indiferencia. No son una verdadera preocupación. Le hablan (cuando le hablan) no solo desde su propio pasado sino desde sus vidas actuales. Nunca ha sido más evidente que Chess no importa, en un sentido profundo ni duradero, no cuando ha oído a sus perros gimoteando para que los dejen pasar, a sus madres entrando en su cuarto con toallas limpias, una vida en la que Chess y todo Columbia no son más que interrupciones.

Y, además, a Chess solo le preocupa Odin. Odin, que con diecisiete meses se divierte con facilidad, cuyos mayores placeres son abrir y cerrar las puertas de los armarios de la cocina o esparcir los juguetes por el suelo para que Chess los recoja, cuando tiene la paciencia necesaria, para que él pueda volver a tirarlos». (p. 154)

## EXTRACTOS POR TEMAS

### UNA TRIPULACIÓN RECLUTADA AL AZAR

«—Supongo que... mientras vivas en el piso de arriba parecemos una especie de...

—¿De comuna?

—Esa es una palabra muy de la señorita Manley.

—Tampoco es que me vaya a mudar a Chicago — dice él.

—Lo parece.

—¿Estás bien?

—Ajá. Casi. Es solo que... Dan y yo estamos enamorados de ti. Por no hablar de los chicos.

No es ninguna revelación. Robbie también está enamorado de Isabel y Dan. O, más bien, está enamorado de la criatura única e inquieta en la que se han convertido: la melancolía cómplice y enérgica de Isabel combinada con el optimismo descarado de Dan; el batiburrillo de deseos frustrados de ella y las expectativas serias pero irracionales de él. Robbie está enamorado del personaje que han creado entre los dos: alguien novelesco, de espíritu generoso, amable y bueno, pero sabio e irónico al mismo tiempo.

Además, es posible que Robbie los quiera más de lo que ellos son capaces de querer el uno al otro. Y además, Isabel y Dan están abocados al desamor desde que se conocieron, cuando Dan alegó que las dudas de Isabel eran solo los remilgos de una niña que, como dijo Dan, a veces podía ser más lista de lo que le convenía, una niña que tendría que aceptar que Dan simplemente sabía que aquello era lo correcto; después Isabel, una vez agotadas sus dudas, decidiría casarse con él. ¿Cómo iba a estar equivocado alguien tan seguro de sí mismo, que huele tan bien y es tan cortés y tan sinvergüenza como Dan Byrne?» (pp. 46-47)

«¿Cómo ha aprendido Isabel a ser esa persona, aunque lo haga solo por los niños? ¿Cómo ha llegado Dan a dominar esa voz? Siempre se han dedicado a improvisar, los tres adultos, y a medida que Nathan y Violet han ido creciendo parecen haber aceptado de buen grado que no son ni más ni menos que los miembros más jóvenes de una tripulación reclutada al azar que, por misteriosas razones legales, se llama “familia”. Así que se sorprende al ver (¿cómo se le puede

haber pasado por alto a Robbie?) que eso es justo en lo que se han convertido, más o menos involuntariamente, esas personas: una familia, una especie de conglomerado que sobrevivirá a sus propias rupturas, incluso al divorcio que Robbie se ve venir, y que también sobrevivirá sin él viviendo en el piso de arriba. La pérdida de un tío querido puede ser dolorosa, pero el mundo, su geografía y su clima, sigue adelante». (p. 59)

«Esta vez, no obstante, Dan hace una pausa, como si el beso, el beso de esta mañana, no fuese el acostumbrado beso cariñoso.

No es que tenga nada de erótico. Nunca lo hay, nunca lo ha habido. Dan debe de haber hecho una pausa porque, esta mañana, el beso es la variación doméstica del beso de Judas. Es la manera que tiene Dan de decirle a Robbie: “Lo sentiré cuando te vayas”. Robbie y Dan saben que se han convertido en la pareja central. Isabel es, cada vez más, un sueño que están teniendo. Ambos lo saben. La unión de Robbie y Dan es la que prospera, son quienes cuidan el uno del otro, quienes crían a los niños juntos, quienes se reparten las tareas, quienes quieren saber si el otro está bien, relativamente hablando». (p. 90)

---

## NI AQUÍ NI ALLÁ

«Isabel se imagina a sí misma sentada en las escaleras muchos años. Podría ser la protagonista de una película europea: la mujer de las escaleras. Una mujer paralizada por su egoísmo y su trivialidad,

una mujer que sabe que su vida podría gustarle más de lo que le gusta pero que no consigue que le guste más allá de un par de incidentes raros e inconsecuentes. Ha visto un búho donde no es razonable que haya búhos y, consciente de que los búhos simbolizan algún tipo de infortunio —garras y chillidos descendiendo de lo que parecía ser un plácido cielo nocturno—, ha descubierto que no puede ni subir ni bajar las escaleras. Conque aquí está.

Se quedaría aquí, indiferente a todas las súplicas y exhortaciones. Seguiría aquí y los niños se harían mayores y aprenderían a pasar por su lado al salir y entrar en casa con un rápido “Buenos días, mami” o “Buenas noches, mami”. Seguiría cuando estuviesen ya crecidos, cuando su familia se mudara y otra familia se instalase en su piso. A la nueva familia le habrían informado de que el precio era más bajo porque tendrían que aceptar la presencia de la mujer en las escaleras. Pasarían por su lado, por lo general con educación, aunque los niños, de vez en cuando, le gritarían “¡Hola!” al oído, hasta que se cansaran de su falta de reacciones. Se volvería invisible para la nueva familia. A veces tropezarían con ella o le golpearían en la cabeza con la bolsa de la compra, pero, como sus primeras disculpas pasarían tan inadvertidas como las imprecaciones de los niños, acabarían aludiendo a ella solo cuando tuviesen invitados, a los que dirían en voz baja: “Lo siento, pero venía con la casa. Pagamos un precio muy bajo y, en fin, no hay mucho que podamos hacer”». (pp. 37-38)

«—¿Me estoy volviendo mandona?

—Tal vez un poco.

—¿Recuerdas cuando me comí tu pastel de cumpleaños?

—Tenías cuatro. Yo tenía dos. No me acuerdo de nada.

—Mamá nos contó la historia más de cien veces. Era la anécdota oficial sobre cómo éramos de niños.

—¿Por qué piensas en eso ahora?

—Supongo que soy una persona que se come los pasteles de cumpleaños de los demás. Estoy echando de casa a mi hermano. El trabajo cada día es más idiota y yo no digo nada.

—¿Cuánto de idiota es ahora mismo?

—Hoy tengo que convencer a Derrick de no repetir las fotos de Astoria, no hay presupuesto. Y circulan rumores sobre la historia de las familias no heteros. Aún no han sido desvelados.

—¿Quieres que baje a ver qué tal están Dan y los críos?

—¿Puedes? No me importaría quedarme unos minutos más aquí a solas. Sentarse en las escaleras es como no estar ni aquí ni allá». (pp. 28-29)

«Dan lanza un beso hacia donde ella está y regresa al dormitorio. Isabel observa su silueta mientras se aleja, esforzándose por sentir más afecto por él, lo cual, ha descubierto, es más fácil cuando se va de la sala, no tanto porque se va como porque en ese instante comprende mejor que al dejarla entra en otra habitación donde volverá a estar a solas con su música y sus seguidores invisibles, la aislada habitabilidad en que pasa sus días. Es importante que empatice con

él, que se abra camino entre el resentimiento, la lástima y, lo que es peor, la indiferencia que se agolpan y la agobian aquí, en este apartamento, del que, al parecer, no saldrá nunca». (p. 160)

«Una vez Nathan se mete en el agua, está tan oscura y tan fría que no distingue el frío de la oscuridad. Solo tiene que seguir nadando. No está seguro de si nada para alejarse de algo o de si se está internando más profundamente en algo, pero tiene que continuar moviéndose a través de la oscura frialdad, aunque solo sea porque no puede seguir en la orilla del lago, donde mañana por la mañana esparcirán las cenizas de Robbie, y tampoco puede volver a la casa. No puede volver al calor y a la luz. No puede hablar con nadie, no puede soportar sus muestras de amor y de pesar. No quiere odiarles más de lo que ya les odia. Nada debajo del agua a través de la oscura frialdad hacia una oscuridad y una frialdad mayores, aunque no tiene sensación de avanzar, solo nota sus brazadas y sus patadas, y el tirón de su ropa y sus zapatos hacia la oscuridad un poco más intensa de abajo. Sus manos son remos que empujan el agua. Mira hacia la superficie un poco menos oscura de arriba, la superficie opaca del agua, para comprobar si el reflejo de las estrellas está nadando con él, pero no ve ninguna estrella, y sigue nadando en dirección a algo que es un destino, pero no un lugar: una ausencia en la que está desapareciendo, donde nadará hasta dejar de ser él mismo y no será nadie, donde desaparecerá, nada más, solo eso». (p. 261)

«Robbie ha llegado. Al otro lado de la ventana, es una oscuridad menor en la oscuridad. Es un apresuramiento, una agitación de aire animado.

Violet esperaba que se pareciera más a sí mismo.

Nota que está perdido y confuso, ni asustado ni lo contrario. Ella se alegra de saberlo. Es un durmiente que ha despertado en la oscuridad y no acierta a distinguir si está en casa o no, si debería volver a dormir o levantarse y averiguar dónde se encuentra.

Violet no sabe si él cree que ella es parte de un sueño que está teniendo.

Pero puede quedarse delante de la ventana con el vestido amarillo, el vestido que le compró el día que aplaudió no solo por el vestido sino por la niña que era dentro del vestido. Sabe cuánto quería él verla convertirse más en ella misma, cuánto quería estar presente. Ahora es una agitación de aire apresurado, fuera de una casa que no reconoce, pero, en cierto modo, se está convirtiendo más en sí mismo. Mientras eso ocurre, Violet puede quedarse delante de la ventana para recordarle este mundo mientras parte hacia otro. Puede hacer eso por él». (p. 266)

---

## LA EDAD DEL DESENCANTO

«Dan sabe (¿lo sabe?) que Isabel se está preparando ya para dejarlo. Es tan pronto que tal vez solo lo sepa Robbie. Es posible que ni siquiera lo sepa Isabel.

Robbie entiende a lo que se refiere Isabel cuando dice que necesita algo más. Robbie habla con fluidez la lengua

interior de Isabel. Algo distinto. Algo menos cotidiano. Algo que esté a la altura de su capacidad de desear lo que se sitúa en el extremo más alejado del rango visible. Un caos de afecto y discusiones bienintencionadas. Una domesticidad más amistosa y alborotada. La lámpara en la ventana, las estrellas barridas por el viento entre los árboles». (p. 56)

«No está segura de por qué le pasa. Tiene con ver con la deriva, con la sensación de que la fuerza gravitacional no es tan fuerte como antes, con que Robbie se va a ir de la casa y con la determinación de Dan de resucitar una carrera que nunca existió, como saben todos menos él. Tiene que ver con sus intentos cada vez menos eficaces de parecer una madre. Violet sabe que finge, ¿cómo es posible que solo se dé cuenta la niña, que tiene cinco años?

Y eso que la quieren y la cuidan. Su marido se levanta temprano para preparar el desayuno de los niños.

Es lo que ella quería. Quería casarse. Quería tener hijos. Quería la casa en Brooklyn, se negó a angustiarse por los plazos de la hipoteca.

También quería el trabajo. Se le daba bien. Se esforzó. Destacó sobre los demás. Al parecer, lo difícil es seguir queriéndolo, el trabajo, el matrimonio, la maternidad y el bolso carísimo. Lo difícil es aprender a no despreciarse a sí misma por su claustrofobia y su decepción». (p. 65)

«Todo tenía sentido. Lo había tenido todo el tiempo. Todo había tenido sentido hasta que internet empujó al perio-

dismo impreso hacia la lista de especies protegidas y siguió empujándolo hacia la extinción. Tuvo sentido hasta que dejó de querer a Dan (fue más una erosión que una catástrofe amorosa, solo el ruido sordo y constante de lo cotidiano), hasta que los niños dejaron de ser manejables e infinitamente afectuosos y sin complicaciones.

Tuvo sentido hasta que Robbie se fue a vivir a la otra punta de la ciudad. Había tenido todos los motivos del mundo para creer que tendría otro apartamento más grande, incluso una serie de apartamentos más grandes, una variación urbana de lo que hacen los amish, que construyen nuevas alas y segundas plantas a medida que se acumulan los matrimonios y los nacimientos, cuando Robbie se enamorara por fin, cuando Robbie y Oliver o alguna otra persona (alguien más listo que Oliver, por favor, alguien más capaz de usar la ironía) tuviesen sus propios hijos y formaran un pelotón, como las chicas de *Mujercitas*, más seguros de sí mismos, menos temibles por su fragilidad y sus necesidades.

Hasta hace poco, le parecía razonable esperar más, porque había más. Ahora es como la mujer del cuento de hadas que pide más y más deseos al pez mágico, hasta que el pez se cansa de ella y se lo quita todo.

No está segura de por qué ha dejado de ser la figura central de su propia historia y se ha convertido en la hermana amargada y codiciosa, en su propia gemela oscura, la que lo ha tenido todo y aun así sigue quejándose: “No es suficiente”. (pp. 66-67)

«Hay una canción dentro de la canción. No es bonita, no es solo bonita, aunque posee belleza igual que una ciruela contiene un hueso. Es la canción que no deja nada sin tratar. Es un lamento y un aria. Es ese viejo lema de los cereales Frosted y un himno al perfume que usaba tu madre cuando eras niño. Es un himno cantado por chicas con velas en un vaso de papel, es el grito del conejo cuando tu padre le cortó el cuello, es el susurro de tu mujer murmurando en un sueño que no es contigo.

Dan no ha escrito esa canción. No puede escribirla, nadie puede, aunque otros han estado cerca. Al menos, más que Dan hasta el momento. Lo que tiene Dan es un ramillete de canción, con su progresión de acordes menores que llevan inesperada mente a una séptima disminuida en la palabra “conjuros”.

Lo cual no está mal. Está bastante bien. Como está bien que se esfuerce en no recrearse en la idea de no ofrecer al mundo una docena de flores de invernadero, cuando había pensado ofrecerle un picahielos lo bastante afilado para perforar la piel de la cotidianeidad, para hacer agujeros en la ordenada sucesión de los días». (p. 146)

«—Te has esforzado mucho por enamorarte de mí.

Ella no tiene ni idea de qué responder a eso.

¿Alguna vez es demasiado tarde? Ninguno de los dos maltrata al perro (¿deberían comprar por fin un perro?) ni deja a los niños en el coche un día de calor. ¿Puede llegar a ser irreversible? Y de ser así, ¿cuándo? ¿Cómo sabes, cómo



sabe nadie, cuándo pasas de “tenemos que trabajar esto” a “es demasiado tarde”? ¿Hay (sospecha que debe haberlo) un interludio en el que estás tan aburrido, o decepcionado o acosado por los reproches, que es verdaderamente demasiado tarde? O, por ir más al grano, ¿llegamos al “es demasiado tarde” una y otra vez solo para volver al “tenemos que trabajar esto” antes de que llegue, una vez más, el “es demasiado tarde”?

—Deberíamos esperar —dice ella—. Deberíamos ser pacientes y esperar. ¿No crees?

—Sí, claro que sí. Creo que esta noche voy a hacer el pollo en lugar de la merluza». (p. 176)

---

## EL FIN DE LA INOCENCIA

«Robbie empieza a detectar cierta falsedad en ella. ¿De verdad puede alegrarse tanto de pasar una hora a solas con Robbie, a quien ve todos los días? ¿A qué edad comienzan los niños a darse cuenta de que, a veces, se espera de ellos que sean una parodia de unos niños?

¿O será solo que, al igual que Robbie, nota cierta inquietud en el ambiente entre Isabel y Dan? ¿Tiene la esperanza de que el entusiasmo de una niña pequeña, si lo expresa con la suficiente frecuencia, ahogue cualquier murmullo ominoso, aunque ininteligible, que haya oído, unas veces debajo de las sábanas y otras a través de las paredes?» (p. 63)

«Quiero estar segura de que no te equivocas en eso. Te quiero, probablemente más de lo que jamás pensé que podría

querer a alguien, pero por favor no dejes que nadie te convenza de que has inventado historias sobre una madre que de pronto podía volverse fría y distante contigo. No las has inventado.

Una madre no es inocente. No puede serlo. Se le pide demasiado. No dejes que un terapeuta te convenza para reconocer tu propia responsabilidad». (p. 194)

«Nathan pensó que su madre había salido al porche con él porque ella sabe, sin necesidad de que nadie se lo diga, el modo en que el día de hoy, de ayer y de mañana lo vacían. Porque su madre sabe mejor que nadie que se le hace imposible volver a entrar en el paso ordenado del tiempo, que vive en una serie de minutos que llegan y se van pero no están conectados del todo unos con otros, de manera que un día es como una veloz progresión de fotografías de las que Nathan es el protagonista. Aquí está en una habitación con Chess, Odin y un conejo azul. Aquí está girándose para ver cómo se acercan los faros del coche de su padre. Ha sentido, ha esperado, que su madre lo sepa o pueda adivinarlo de formas que nadie más puede, ni siquiera la Doctora Señora Doctora a quien pagan para saber el modo en que Nathan se ha vaciado, se ha convertido en fotografías de sí mismo.

No tiene ninguna lengua para explicar eso. Solo puede esperar que alguien —si no su madre, alguna otra persona— lo averigüe». (pp. 220-221)

«Antes de que Nathan sepa que va a hacerlo, alarga el brazo, coge un mechón de pelo de Garth entre los dedos y lo sujeta.

Garth no se mueve. Los dos tienen la sensación de que no hay nada más natural que estar en el coche, mientras Nathan sujeta a Garth por el pelo. Los faros iluminan la carretera, con sus agujas de pino, sus roderas y surcos, el brillo plateado de una lata de Coca-Cola Diet aplastada, su destino a ninguna parte. Nathan piensa en los bosques de los cuentos, donde lobos, demonios y casitas de chocolate esperaban a los ni-

ños que se atrevían a adentrarse. En los relatos, no obstante —los que recuerda Nathan— los niños siempre ganan. Salen indemnes. Nathan se pregunta ahora si los relatos hablaban del modo en que los niños habían cambiado. ¿Cómo no ibas a cambiar si habías metido a una vieja en su propio horno o engañado a un gnomo que quería comerte, o si un leñador te sacaba de la barriga de un lobo?» (p. 270)

## PREGUNTAS PARA LA CONVERSACIÓN

1. *Día* comienza el 5 de abril de 2019 al amanecer con la escena de Isabel insomne mirando la ciudad y un búho por la ventana. En esta escena íntima hay varios elementos que reaparecen a lo largo de la novela: ¿cuáles son? ¿Qué nos dicen acerca de los Walker-Byrne?
2. La familia despierta, cada uno se prepara para iniciar su jornada e Isabel, sentada en las escaleras, tiene la impresión de que podría quedarse allí para siempre, en un lugar que no está dentro ni totalmente fuera de su hogar. Horas más tarde, ralentiza el paso cuando atraviesa el vestíbulo de Grand Central Station, un no-lugar donde, a diferencia del resto de transeúntes, podría permanecer. ¿A qué se debe su atracción por estos umbrales y no-lugares? ¿La suya es una necesidad de esconderse o de escapar? ¿Hay otros miembros de la familia que busquen este tipo de espacios?
3. Mientras Isabel se escabulle de casa, Dan ocupa una estancia central en cualquier hogar: la cocina. ¿Qué relación existe entre los espacios que habitan los diversos personajes y su rol en la familia? ¿Estos roles son inamovibles a lo largo de la novela o un personaje como Dan, por ejemplo, se desplaza hacia otros espacios en la casa y en las relaciones?
4. A Dan e Isabel, un matrimonio en crisis, se les suma un tercer adulto: Robbie. El hermano menor de Isabel vive en el ático de la casa y, tanto por el espacio que habita como por su rol de hermano, cuñado y tío, parecería tener un papel periférico en la familia. ¿Es así? ¿Cuál es, en realidad, su rol? ¿Qué lugar ocupa él para el resto de la familia y qué lugar ocupan los Walker-Byrne para él?
5. El amor fraternal entre Isabel y Robbie tiene su origen en la infancia y en la profunda complicidad entre los dos hermanos. ¿De dónde surge

el amor que sienten Dan y Robbie? ¿Podrías definirlo o es un amor de naturaleza ambigua? ¿Pensáis que Isabel tiene razón cuando, hacia el final, le dice a Dan que Robbie buscó siempre un hombre que se pareciera a él?

6. Robbie es un personaje querido por todos, adultos y niños. Sin embargo, tras su ruptura amorosa, en 2019 parece estar atravesado por una sensación de fracaso y un cierto desamparo. ¿Cuál es la causa? Tomando a personajes como Robbie o Garth, ¿qué nos dice la novela acerca de la soledad en las ciudades y la necesidad de formar familias, parejas o grupos humanos que sean un lugar de pertenencia?
7. Para transitar su ruptura, Robbie da vida en Instagram a Wolfe, un personaje inventando por él e Isabel en la infancia. ¿Cuál es la función que, para Robbie, cumple este personaje ficticio? ¿Cómo lo ve Isabel? ¿Qué reflexión se abre en la novela acerca de los relatos que construimos?
8. En Wolfe, Robbie proyecta sus fantasías, sus deseos y la vida glamurosa que, tal vez, querría tener. Pero Robbie no es el único adulto que siente que existe una brecha entre lo que alguna vez se soñó o deseó y aquello que se tiene. ¿Cuál es esta brecha y cómo se enfrentan a ella cada uno de los personajes? A lo largo de los años, ¿esa brecha se achica o, por el contrario, crece?
9. En la novela hay tres parejas de hermanos: Isabel y Robbie, Dan y Garth, y Nathan y Violet. ¿Cómo son estas relaciones fraternales? ¿Hay patrones comunes? ¿Qué valor le concede la novela al afecto y la relación entre hermanos?
10. Cuando está en Islandia, y a raíz de la relectura de *El molino del Floss*, de George Eliot, Robbie le pregunta a Isabel en una carta si es posible sobrevivir a la infancia. ¿Cómo interpretáis esta pregunta? ¿Creéis que obtiene una respuesta a lo largo de la novela? Pensando en los recuerdos que asoman de Robbie e Isabel, pero también en Nathan y Violet, ¿cómo se representa la infancia en *Día*? ¿Cuál es la importancia de esta etapa?

11. Bajo la presión que impone el confinamiento, los Walker-Byrne protagonizan conflictos entre padres e hijos a lo largo del 5 de abril de 2020. Isabel lleva tiempo viéndose a sí misma como una madre imperfecta que no siempre sabe estar a la altura de la capacidad de amor que su rol parece exigir. Pero ¿cómo la ven sus hijos aquel día de 2020 y un año más tarde?
12. La acción transcurre a lo largo de tres días y tres años que conforman, simbólicamente, una única jornada. Sin embargo, en cada uno de esos días hay pistas acerca del pasado de los adultos y las historias que cargan desde su infancia. ¿Cómo pesan las familias de origen en el presente de cada uno de los personajes?
13. Pensando en su hermana, en Dan y en sus sobrinos, Robbie ve a la familia como una tripulación escogida al azar o un conglomerado. ¿Qué opináis de este modo de definir a la familia? ¿Qué definiciones de familia se exponen en la novela? ¿Por qué creéis que, en lugar de centrarse exclusivamente en una familia nuclear, Michael incorpora a figuras periféricas como Robbie, Garth, Chess y el pequeño Odin?
14. El 5 de abril de 2021 todos se reúnen en casa de Isabel para despedir a Robbie, fallecido un año atrás. Robbie ya no está pero, sin embargo, continúa siendo una figura en torno a la cual las vidas de todos orbitan. ¿Cómo se enfrenta cada uno de los personajes a la pérdida de Robbie? ¿Qué supone para ellos el vacío que él ha dejado? Además de la muerte de Robbie, ¿qué más ha cambiado sus vidas?
15. El 5 de abril de 2020 muchos de los personajes conviven bajo un mismo techo pero se comunican por cartas o mensajes de texto, y una parte del relato de aquella jornada se hace también a través de correos, llamadas telefónicas y más cartas. ¿Por qué pensáis que el autor introduce estos recursos narrativos y le concede tanto protagonismo a la comunicación mediada? ¿Cómo se retrata la pandemia en la novela? ¿Cuáles son los aspectos de la pandemia que Cunningham subraya?

16. La experiencia de la pandemia se ha incorporado en la narrativa contemporánea de muchas formas, entre ellas una tendencia a indagar, como ha señalado la escritora Aixa de la Cruz, en los lazos de familia y relaciones que se han mirado con lupa y puesto a prueba durante los meses de encierro. ¿Qué pensáis que añade la obra de Michael Cunningham a los relatos sobre la pandemia y un tema de gran recorrido literario como es la familia?

## EL AUTOR



© Richard Phibbs

**MICHAEL CUNNINGHAM** (1952) es uno de los autores más respetados del panorama de la ficción estadounidense actual. Nació en Cincinnati (Ohio). Se licenció en literatura inglesa en la Universidad de Stanford y en 1990 publicó *A Home at the End of the World*, su primera novela, cuya adaptación cinematográfica corrió a cargo de Michael Mayer. En 1995 publicó *De carne y hueso* y en 1999 recibió los premios Pulitzer y PEN/Faulkner por *Las horas*, una novela que tenía como protagonista a Virginia Woolf y que fue llevada al cine con gran éxito, gracias también al buen trabajo de Meryl Streep, Julianne Moore y Nicole Kidman, quien ganó el Oscar a la mejor actriz. A este texto le siguieron las novelas *Días me-*

*morables* (2005), *Cuando cae la noche* (Lumen, 2011, 2024) y *La reina de las nieves* (Lumen, 2016, 2024), así como el libro de relatos *A Wild Swan and Other Tales* (2015) y el ensayo *Land's End: A Walk in Provincetown* (2002). *Día* (Lumen, 2024) es su última novela hasta la fecha y uno de los mejores libros del año según NPR, *Harper's Bazaar*, *Chicago Public Library*, *Lit Hub*, *Paste* y *Kirkus Reviews*. Ha recibido el Whiting Award y una beca Guggenheim. Actualmente es profesor en la Universidad de Yale, vive en Nueva York, y es colaborador habitual de *The New Yorker*, *The Atlantic Monthly*, *The Paris Review*, *The New York Times Sunday Magazine* y *The New York Magazine*.

## LA CRÍTICA HA DICHO

«Cunningham regresa con un libro ejemplar: exuberante, erudito y voraz. Como un verdadero poeta, recompone el mundo en sus descripciones, teñidas de amor, compasión y el calor que irradia del duelo. Un logro sigilosamente asombroso».  
Ocean Vuong

«El escritor más elegante de Estados Unidos. [...]. El único problema de su prosa es que pone en evidencia el trabajo de los simples mortales».  
*The Washington Post*

«Cunningham muestra su gran don para crear personajes memorables, observar el mundo en toda su rareza y hermosura y escribir sobre el amor y la pérdida con tanto arrojo como ternura. [...] Refleja con agudeza y brillantez el Nueva York contemporáneo».  
Colm Tóibín

«Cunningham es uno de nuestros grandes escritores estadounidenses, y aquí tenemos otra obra maestra. [...] Consigue lo que solo los grandes libros logran. Leerlo te transformará».  
Andrew Sean Greer

«Un escritor de gran aplomo, con un agudo intelecto y un sentido del humor fascinante».  
Jenny Shank, *The Star Tribune*

«Junto con George Eliot, Cunningham pertenece a ese inusual grupo de novelistas que valoran el mundo y a quienes lo habitan, con respeto, compasión y una ternura aparentemente infinita, al tiempo que lo analizan sin contemplaciones».  
Tony Kushner

